DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE NOBLES ARTES

DE SAN FERNANDO,

en la recepcion pública

DE

D. FRANCISCO ENRIQUEZ Y FERRER,

EL DIA 11 DE DICIEMBRE DE 1859.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle de la Madera, núm. 8.
1859.

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE NOBLES ARTES

DE SAN FERNANDO,

en la recepcion pública

DE

DON FRANCISCO ENRIQUEZ Y FERRER,

EL DIA 11 DE DICIEMBRE DE 1859.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA
calle de la Madera baja, número 8.
1859.

DISCURSO

DE

DON FRANCISCO ENRIQUEZ Y FERRER.

Señores:

Al encontrarme entre vosotros, veo realizada hoy la gloria artística que he ambicionado toda mi vida. Nacido en la poética Granada pocos años despues que esta Real Academia diese á conocer sus mas preciados monumentos, y cuando varios ilustres compatricios ilustraban su historia, al estudiarla yo con solícito afan he abrigado desde tan temprano la aficion mas decidida al estudio de las bellas artes.

Si las gigantescas construcciones greco-romanas del siglo XVI, ornamento de mi patria, y debidas al gran Diego de Siloe y á los Machucas, padre é hijo, excitaban mi admiracion aguijoneando mi deseo de medirlas y estudiarlas, aun subia de punto el vehemente anhelo que experimentaba al querer comprender todo lo misterioso y mágico de las edificaciones árabes. ¡Con qué placer oia referir las tradiciones, mas ó menos verdaderas, que de ellas se conservan, y que en aquel entonces creia otras tantas realidades (1)!

(1) Por una antipatía, que aun hoy no me explico, la capilla Real, panteon de los Reyes Católicos, iglesia ojival del último periodo, que existe en la misma poblacion, me causaba pavoroso terror, y hasta muy tarde no empecé á sentir las

Una coincidencia para mí dichosa, las sentidas observaciones de mi cariñoso padre, y la amistad íntima que desde muy niño contraje con varios jóvenes de verdadero talento, condiscípulos y paisanos, que cultivaban el estudio de nuestras antigüedades, contribuyeron mucho para que mi naciente aficion llegase á ser un pensamiento privilegiado y casi único durante la adolescencia, decidiéndome despues con toda la fuerza de mi voluntad al difícil cuanto sabroso estudio de la arquitectura.

Distante estoy de creer que á tan felices auspicios correspondiese mi intelectual desarrollo, y mucho menos me reconozco dotado de la altísima capacidad y la ilustracion cumplida, que son indispensables para ocupar el mas humilde puesto entre los varones ilustres que forman esta primera de nuestras Academias artísticas. Pero si estoy plenamente convencido de mis pocos merecimientos, permítaseme siquiera manifestar aquí mi júbilo y gratitud al ver realizado el deseo, que hace muchos años acaricio; noble y generoso deseo, hoy ámpliamente satisfecho con la honrosa distincion que me dispensais, antes por una bondad generosa y delicada que por mi escaso mérito. Llevándola mas léjos, concededme ahora vuestra atencion y vuestra indulgencia.

En el vasto campo del arte que se ofrece á mis ojos, al presentaros con timidez esta pequeña ofrenda, creo que un bosquejo, aunque ligero, de la historia de la arquitectura árabe, podrá ser de vuestro agrado, no por las ideas luminosas y nuevas que yo emita, sino por la importancia misma del asunto, el desarrollo que obtuvo en España, y las muchas aplicaciones que tiene en las construcciones civiles.

bellezas indisputables de este monumento, de aspecto lóbrego y de formas agudas. Así lo definia yo, comparándolo con las obras muzlímicas ó con las italianas, llamadas hoy del Renacimiento.

Tan difícil como seria hoy demostrar la existencia de pueblo alguno que no haya contado con un idioma original para entenderse, lo es el que puedan haber carecido los árabes de arquitectura propia y adecuada á su manera de vivir, condiciones geográficas del país que habitaron, y materiales disponibles para la edificacion. Efectivamente, el arte en su orígen es el resultado mas ó menos perfecto de ejecutar obras de defensa contra la intemperie, las fieras y los hombres. Este ejercicio llega á ser con el tiempo un verdadero oficio de constructor; pues lo que no se alcanza á la simple razon humana, por la nocion poco exacta de la cosa, viene á hacerse con el hábito asunto familiar, habiéndose vencido paulatinamente, y casi sin apercibirse de ello, dificultades que al principio parecen insuperables. De las combinaciones de los elementos constitutivos de la construccion, y de las necesidades emanadas de la localidad y del objeto, resultan por precision formas que con el trascurso del tiempo y la costumbre de reproducirlas en casos análogos ó parecidos, han dado por resultado fisonomías propias, y con ellas el arte. Este fué desarrollándose á medida que el hombre emprendia trabajos mas arriesgados y grandes, en términos de convertirse en objeto de lujo y de ostentacion lo que en un principio fué solo el medio de satisfacer una necesidad de la existencia misma. Si á esto se agrega la aplicacion de otros conocimientos útiles al efecto, y que han podido perfeccionarse gradualmente á la par del arte, tendrémos al fin la arquitectura propia del país, que ha vivido aislado, y que no ha podido copiar ni inspirarse á vista de edificaciones de nacion alguna.

Si el pueblo árabe es tan antiguo y primitivo como el hebreo, y puede llamarse hermano suyo por contar el mismo orígen y ascendencia, porque desde los tiempos mas remotos estaba con él en un comercio íntimo, y hasta en el suelo de la

misma Arabia obro el Señor los mas grandes prodigios en favor de los israelitas, ¿cómo puede creerse habia de existir sin arquitectura? Efectivamente, los libros santos y los escritos mas autorizados de los árabes nos hablan de la fundacion de un crecido número de ciudades y de construcciones notables, como son: el templo de la Kaaba, en la Meka, próximo al pozo de Zenzen, y los suntuosos edificios de Merah y de Medina, que eclipsaron las glorias de la Persia; y lo que es mas aun, el famoso dique de Mareb, cuyo rompimiento causó la extincion de una de sus tribus.

Estas obras prueban los profundos conocimientos que llegaron á adquirir en las construcciones de todo género, pues hasta las mas dificiles hidráulicas les fueron familiares; cumplida demostracion de sus grandísimos adelantos, no tan solo en las artes, sino en las ciencias matemáticas, indispensables para llevar á cabo trabajos de tal importancia y magnitud.

El argumento que puede aducirse, de que el falso profeta Mahoma empleó en la reconstruccion de la Kaaba, destruida por un incendio, dos arquitectos, el uno copto y el otro griego, que iban en la nave que apresaron los árabes cargada de materiales, y que emplearon en dicha fábrica, no es una razon bastante para deducir que carecian de facultativos aptos para la edificacion expresada; pues sabido es que cuando trabajos de esta naturaleza quieren llevarse á cabo con celeridad, se hace preciso, no tan solo la concurrencia de muchos obreros, sino la cooperacion eficaz de hombres entendidos en las monteas y demás trazados consiguientes á un plan pensado de antemano y conforme al género de arquitectura adoptado: lo que de aquí se deduce es, que el empleo de los artistas extranjeros en la reconstruccion indicada seria una adquisicion preciosa para realizar las miras y gloriosa ambicion de concluir en un breve plazo el trabajo que realizó el profeta legislador y cus-

todio de la Casa Santa. Tampoco es una objecion fundada el que en las construcciones muzlímicas existentes, de épocas mas ó menos lejanas, se encuentren capiteles y algunos otros trozos de ornamentacion que recuerden formas paganas, ó de distinta índole, y que sean motivo para creer que el arte árabe fué una derivacion ó consecuencia de otras arquitecturas ó civilizaciones extrañas; como tampoco sea prueba de ello el que los califas ó jefes del imperio se apoderasen de los mármoles y demás materiales de las edificaciones sassanidas ó de otros pueblos para el engrandecimiento de sus vastos proyectos; pues sabido es que todos los conquistadores han hecho lo mismo, por la ventaja que les reportaba en economía de tiempo y gasto el empleo de columnas labradas, sillares, bronces y otros objetos de fácil aplicacion. En la mezquita de Córdoba existen columnas y capiteles romanos en su estado propio; pero á la vez en los parajes mas dignos, y ejecutados con mas particular esmero, se ven otros muchos ornatos con el carácter original de la mezquita. La semejanza de los trozos arquitecturales con otros de género diverso se explica fácilmente, teniendo en cuenta que los árabes, al conquistar á España, la encontraron llena de monumentos romanos, que miraban con asombro. Al contemplar la grandiosidad y belleza que respiraban, se dispertó en ellos el espíritu de imitacion, producido siempre por la novedad y el verdadero mérito. Y esto, cuando el ejército vencedor, si habia de establecerse en las tierras conquistadas, necesitaba construcciones para la propia defensa, para el ejercicio de su culto y las demás necesidades emanadas de su estado social y sus costumbres. Viéronse, pues, obligados á utilizar los obreros que les ofrecian los mismos pueblos sometidos á su dominio, los cuales tradicionalmente y por rutina trabajaban, segun podia permitirlo la decadencia del arte romano. En vano hubieran pretendido despreciar sus servicios; pues

por muchos que fuesen los arquitectos que siguieran á los conquistadores, se hacia imposible bastasen para la multitud de edificios que en todas partes construyeron, no durante el trascurso de muchos años, sino en brevísimo tiempo. Dedúcese de aquí como una consecuencia precisa, comprobada por los mismos hechos, que todos los pequeños detalles de poca consideracion en un gran plan se confiaron á los artistas indígenas, que, desconociendo el estilo arquitectónico de sus dominadores, producian las semejanzas que hoy se advierten entre los ornatos de la escuela á que pertenecian y los empleados en algunos monumentos árabes; semejanzas ciertamente de poca importancia, considerando el arte en toda su extension y sus diversas partes componentes. En un idioma, ¿qué significacion puede tener el adoptar algunos vocablos y giros propios de otras lenguas? La estructura gramatical y demás partes constitutivas que forman la base y organizacion del idioma, no se altera en nada, y el trascurso de siglos no desvirtúa esencialmente su índole propia.

Así ha sucedido exactamente en las construcciones muzlímicas, siendo la comparacion cierta, toda vez que la arquitectura en general es un arte, cuyo tipo, cualquiera que sea, no se encuentra en la naturaleza. Sin duda que en cada género existen proporciones fijas é invariables; pero no las determina el compás de una manera absoluta, como generalmente se ha creido desde el siglo XVI, sino que son el producto del talento creador y del ojo ejercitado que traza, conducido por la experiencia y el sentimiento de lo bello en cada género de arquitectura. En vano se pretenderá suplir con las medidas y los números aquella armonía y agradable regularidad de que resulta la belleza en las partes y en el conjunto. Ha de nacer esta de la naturaleza misma de las construcciones, de su objeto, de los elementos componentes del todo, y hasta de las

circunstancias locales, las ideas y las costumbres de los pueblos. Los grandes modelos producidos con arreglo á estos principios : hé aquí el arte; hé aquí el fecundo manantial de donde surgen las sublimes inspiraciones que le elevan y perfeccionan. Los cálculos matemáticos mas prolijos y trascendentales no sirven mas que para las cuestiones de equilibrio, así como la física, la química, la acústica y demás ciencias auxiliares, para el análisis de materiales, confeccion de morteros ó betunes, y fabricacion de otros elementos de construccion, que no se hallan en la naturaleza, ó requieren una preparacion especial y la apreciacion de las condiciones sonoras é insonoras, de las luces, vistas, ventilacion y disposicion higiénica de los habitadores de un edificio. Verdad es que la colocacion de las masas, distribucion de crujías, combinacion de patios, disposicion de pisos, suelos y cubiertas, sufren modificaciones casi siempre que se aplican oportunamente los medios auxiliares anteriormente indicados; pero nunca estos, por exactamente calculados que sean, bastarán por sí solos para la construccion de un edificio grande ó pequeño. Si se ha de obtener un resultado que satisfaga cumplidamente al objeto, se han de crear formas dentro de los límites de los conocimientos razonados del arquitecto, y sin poder jamás traspasar la barrera que impone el arte; barrera que se concibe bien, aunque no sea fácil determinarla en la generalidad de los casos que presentan las construcciones.

Partiendo pues de estos, en mi entender, irrecusables principios, esta seria la ocasion de hacer un paralelo de los diferentes géneros de arquitectura, para probar la idea emitida de que la árabe es primitiva, y anterior tal vez á las que conocemos en el dia; pero el temor de molestar demasiado vuestra atencion, Señores Académicos, me impide empeñarme en tan prolija tarea; únicamente referiré lo mas brevemente que

me sea posible las condiciones que resaltan en este arte oriental, y que entiendo no se encuentran utilizadas con igual éxito en las edificaciones de los demás pueblos.

La arquitectura árabe, valiéndome de una sola frase, es la expresion filosófica del arte: en ella no se encuentra nada supérfluo y gratuito; las masas de los muros en su exterior é interior se presentan como simples apoyos, reforzados en los parajes de empujes laterales ú oblícuos por contrafuertes bien combinados que permiten adelgazar las fábricas, sin perder el grado de solidez necesaria á su objeto, interrumpiendo la monotonía de los planos, y dejando adivinar en la generalidad de los casos la distribucion interior del edificio. Sus crujías dobles ó triples están combinadas de tal manera, que conservan á igual temperatura las habitaciones, aun en el rigor de los calores y los frios; en la parte central disponian sus constructores salones de planta cuadrada, por lo general, que se elevaban sobre las construcciones contiguas á fin de refrescarlas, renovando el aire por las ventanas superiores de estos grupos de habitacion, y consiguiendo al propio tiempo luces suaves y de agradable efecto. Los patios estaban dispuestos con tal maestría, que los ejes que los dividian trasversal y longitudinalmente pasaban por el centro de estos mismos salones. Alrededor de los patios, no tan solo corrian galerías abiertas sostenidas por columnas, sino que entre ellas y las habitaciones propiamente dichas se practicaban corredores cubiertos que ponian en comunicacion los departamentos del edificio, facilitando su uso en todas las épocas del año, y haciendo mas fácil el servicio de los domésticos, con la independencia de las piezas de respeto y las que el uso particular á que se destinaban exigia dejarlas aisladas. Esta disposicion permitia la oportuna colocacion de alcobas y de otras piezas menores, como son, gabinetes, camarines, roperos, retretes

y demás estancias de la servidumbre que, aunque necesarias en la vida doméstica, deben estar siempre fuera del alcance de las miradas de los curiosos é importunos. Sin apocar la grandeza de las formas generales, disponian las habitaciones en uno, dos y mas pisos, dejando siempre con particular cuidado espaciosos entresuelos para dormitorios de los sirvientes, los cuales, próximos á los puntos donde los llamaba el ejercicio de sus respectivas obligaciones, ni molestaban á sus señores, ni estos ejercian sobre ellos una penosa vigilancia que les impidiera vivir con desembarazo y sin cuidados. De la buena disposicion de los muros de cerramiento resultaba una acertada distribucion de escaleras, y que las cubiertas ó techumbres se elevasen á las alturas respectivas de las piezas, procurando motivos de decoracion, que, combinados con los minaretes ó torrecillas, daban un aspecto grandioso y de mayor extension aparente á las construcciones civiles. El uso de pabellones, ya avanzados sobre los patios y jardines, ó ya aislados, completaban la distribucion de las casas árabes.

La disposicion de sus mezquitas era grandiosa y acomodada á sus prácticas religiosas. Todo en ellas estaba calculado y previsto; patios espaciosos, rodeados de galerías caladas, un estanque en el centro para las abluciones religiosas, espaciosos ámbitos: nada faltaba. Sus almarestanes ú hospitales ofrecian la sencillez indispensable en las casas de caridad, para no irritar con el lujo inoportuno las desdichas del pobre que se refugia en ellas. Las alhóndigas, casas de contratacion, de sedas y demás edificios públicos, presentaban tambien una distribucion la mas perfecta, con especialidad los baños, donde se conciliaba la comodidad con el deleite y la hermosura; hasta sus randas ó cementerios, de que aun se conservan varios, incluso el de los reyes árabes de Granada, presentan una sencillez de formas y sobriedad de adornos que los recomienda sobremanera.

El ornato era el resultado necesario de la construccion. Para salvar sus vanos se valian de toda clase de arcos, con especialidad los de cuatro puntos, vulgarmente llamados de herradura, ó los de pechinas agrupadas de bellísimo efecto; las columnas revelaban siempre por su forma y proporciones la materia mas ó menos resistente de que las hacian; las colocaban aisladas ó en grupos de dos, tres y aun cuatro; pero siempre separados los fustes entre sí, conciliando la mas aérea esbeltez con la solidez real y aparente que requerian los diferentes casos de construccion; las adosaban tambien al muro, como apoyo de los arcos que sustentaban; omitian las pilastras y cornisas como innecesarias, pues sus aleros, mas ó menos avanzados, no tenian otro objeto que el separar las aguas pluviales de las fábricas, ó resguardarlas, con las sombras que proyectaban, de los calores ardientes del estío. Se componian de una ó mas hiladas de canecillos, con una inclinacion ascendente de 20 á 25 grados respecto á la horizontal. Las puertas y ajimeces ofrecen los modelos mas bellos, siendo los últimos rasgados hasta el suelo y velados por ataurique de yeso ó celosías de madera. Las techumbres variaban al infinito, pero casi siempre conservando la forma exterior de los mismos; resultando por lo tanto techos en plafon, artesonados de planta rectángula ó poligonal, cortadas las caras de estas pirámides entrantes por los amizates que formaba el jabalconado de los pares de armadura; tambien empleaban todas las bóvedas conocidas, y con especialidad las esféricas, caidas y en esquife: por último, sus cerramientos de pechinas, estudio el mas completo de geometría, producen un efecto sorprendente é indefinible. Tanto las bóvedas como los arcos eran de cantería, ladrillo, hormigon, yeso ó madera, dando lugar en estos últimos á los trabajos de lacería, que son la admiracion de todos los constructores, y constituyen una especialidad distintiva de este género de arquitectu-

ra. La caracterizan tambien las dispuestas por séries de arcos torales de fábrica, que sirven de cuchillos de armadura, sobre los que descansan las correas ó vigas en el sentido longitudinal, recibiendo esta los pares con sus tocaduras y saetines, y descansando encima la tablazon general que determina los planos de cubierta (1).

De los mismos materiales empleados en las bóvedas y arcos hacian tambien las paredes, y las taraceaban con adornos de relieve ó grabados de poca profundidad á manera de telas preciosas, enlazando sus planos verticales con las techumbres por medio de frisos tallados ó pechinas agrupadas. En los pavimentos y fajas inferiores de las paredes empleaban placas de mármol, ó las revestian de barro vidriado y cortado en formas varias de exquisito gusto; sus puertas exteriores estaban las mas veces cubiertas de hierro, cobre ó bronce, y las interiores de madera ensambladas, á manera de las armaduras de lacería; las hojas de ventanas se colocaban de ordinario fuera de los vanos, haciéndolas girar sobre quicios sujetos por gorriones de formas elegantes. En el centro de las habitaciones y en el encuentro de los ejes de los patios labraban fuentes de mármol, cuyos raudales corrian por canales practicados sobre los pavimentos al través de sus salones. Los muros exteriores terminaban casi siempre en las mezquitas con crestería talladas en forma de pequeños merlones, para que desapareciese la aridez de las líneas rectas, ocultando en partes los tejados. Se formaban estos de tejas, que llevan hoy su nombre, vidriadas las mas veces, cu-

(1) La mezquita de Córdoba estaba cubierta con esta techumbre, cuyo uso, no interrumpido para la generalidad de los casos, se observa hoy, no tan solo en las obras levantadas de órden de los califas y demás jefes del Islam, sino tambien en las que durante los reinados de los reyès de Castilla se hicieron por artistas moros que pasaban al servicio de los cristianos.

briendo con preciosos alicatados de esmalte, ó láminas metálicas, las grandes cúpulas y chapiteles de sus alminares. Además, como en toda arquitectura primitiva pintaban los árabes en forma de delicadas miniaturas los muros, columnas, arcos, atauriques y techumbres, en donde alternaba el oro con el azul, rojo y otros colores, resultando de todos ellos la armonía mas encantadora que puede concebir el entendimiento humano.

Los medios de ejecucion eran los apropiados al fin que se proponian; esto es, de conciliar la solidez con la economía, utilizando en general los materiales que ofrecia el país para sus fábricas. De intento calculaban las dimensiones de tal manera que fuesen las menores posibles, pues en Toledo aun se miden vigas de suelo, que sometidas á los cálculos de estabilidad, segun el estado actual de la ciencia, se encuentran en el punto límite ni de mas ni de menos, las que presentan seis centímetros de canto por nueve de tabla; siendo esta parte muy atendible para el verdadero estudio que nos ocupa, y que por sí sola bastaria para demostrar que el arte árabe no es imitacion de ningun otro conocido. Las afinidades ó imitaciones con las otras arquitecturas modernas, no son otra cosa mas que copias mal entendidas é imperfectas, por haberse inspirado en las construcciones árabes.

Entre los monumentos que merecen particular atencion, debe citarse la mezquita de Cirene, edificada por Ocba en 665, la grande aljama de Damasco, erigida por Walid en 705, y los edificios de Jerusalen, que son reputados como los mas antiguos posteriores al Profeta. Los de esta última ciudad y los de Damasco servian de término comparativo para ponderar la importancia de los que se levantaban en todos los puntos de la tierra que obedecian á los califas. Apenas los sectarios de Mahoma se habian posesionado de España, cuando en

el año de 715 erigió Ayub una hermosa mezquita en Zaragoza; y contaba apenas un siglo de existencia el imperio musulman, cuando en el año 786 se comenzó á construir la mezquita de Córdoba, que se conceptuó la segunda del Islam en santidad y en mérito artístico. Es cosa en verdad muy digna de notar, que cuando la Europa entera se hallaba sumida en la barbarie, cuando apenas quedaban entre los hombres vestigios del arte griego y romano, se construyese la aljama de Córdoba, de un plan y ejecucion admirable, trazada por el mismo rey Abd-el-Rhaman, á semejanza de la de Damasco, mas grande y superior en magnificencia y suntuosidad á la construida por aquel tiempo en Bagdad, comparable solo á la Casa Santa de Jerusalen, y en donde presidió un tino especial para determinar la graduacion sucesiva de las diferentes partes del edificio, y muy principalmente su ornato. Siete años despues la concluyó el rey Hixem, hijo y sucesor de Abd-el-Rhaman, y la adornó con cuatro mil setecientas lámparas de preciosos metales y con hermosas puertas cubiertas con planchas de bronce, y la principal con láminas de oro maravillosamente labradas. A fines del siglo siguiente se construyó la de Ebu-Tulum, en el Cairo, notable por la unidad de sus proporciones y adornos. Pero la obra que aun parece increible se hiciese, fué la de Medina Azahara, empezada en el año de 936 por el rey Abd-el-Rhaman An-nasir, edificada á la orilla del Guadalquivir, á cinco millas por bajo de Córdoba, aprovechando la frescura y amenidad del sitio, en donde se fabricaron muchos edificios magníficos con hermosos jardines. De manera que lo que fuera solo en su principio una casa de campo, se trasformó al fin en una ciudad magnífica. Ocupaba su centro el Real alcázar, obra de extensas dimensiones y de elegante fábrica. Su fundador la adornó con cuatro mil y trescientas columnas de preciosos mármoles. To-

dos los pavimentos de sus tarbeas ó cuadras estaban enlosados de mármol con diferentes alicatados de artificiosos cortes; las paredes cubiertas de la misma clase de piedra con varios alizares ó fajas de colores; los techos pintados de oro y azul con elegantes ataujías y enlazadas labores; sus vigas, trabes y artesonados de madera de alerce de prolija lacería. En algunas de sus grandes cuadras habia hermosas fuentes de agua dulce y cristalina en pilas, conchas y tazones de mármol, de elegantes y variadas formas. En medio de la sala, que llamaban del Califa, estaba una fuente con un cisne de oro de maravillosa labor, y sobre ella pendia del techo la insigne perla que habia regalado á An-nasir el emperador griego Constantino. Contiguos al alcázar, ostentaban su magnificencia los jardines con diversidad de árboles frutales y bosquecillos de laureles, mirtos y arrayanes, ceñidos algunos de risueños y cristalinos lagos. En su centro, y sobre una altura que los dominaba, se labró el pabellon del rey, sostenido por columnas de mármol de aguas con bellísimos capiteles de oro, exornado de una gran concha de pórfido llena de azogue, que fluia y refluia artificiosamente como si fuera agua, despidiendo con los rayos del sol y de la luna un resplandor que deslumbraba. Habia en los jardines diferentes baños en pilas de mármol de mucha comodidad y hermosura; las alcatifas y cortinas de oro y seda brillaban matizadas de flores y otros adornos. Dentro y fuera del alcázar habíanse reunido como en compendio las riquezas y delicias del mundo, de que puede gozar un poderoso rey. Hizo tambien construir Abd-el-Rhaman en esta improvisada poblacion una mezquita, que en preciosidad y elegancia aventajaba á la grande de Córdoba, y erigió tambien en ella la zeca ó casa de moneda, y otros grandes edificios para alojamiento de su corte, cuarteles y caballerizas.

Al finalizar el siglo x se concluyó hasta la altura de 70 metros la bella torre de Sevilla, conocida hoy con el nombre de Giralda, admirable por sus fábricas de ladrillo y grandiosa escalera en rampas.

Cuando los moros fueron arrojados por los cristianos de los reinos de Jaen, Córdoba, Sevilla, Murcia y Valencia, tuvieron que buscar un asilo en el de Granada, último baluarte de las medias lunas en la Península española. Los preciosos elementos de civilizacion, esparcidos por aquellas riquísimas provincias, se reconcentraron en un solo punto; Granada llegó á contar entonces mas de doscientas mil almas; la industria habia crecido en su seno, y los muzlimes la consideraban como patria comun de todas las naciones, emporio de los traficantes de Italia, de Siria, de Egipto, del Africa toda. Los árabes, que veian en aquel delicioso país el encantado cielo de Damasco, y como ellos decian, la abundancia de la Siria, el temperamento suave del Yémen ó Arabia feliz, y encontraban allí los aromas y flores de la India, los frutos y producciones del Hejiaz, las minas preciosas y abundantes del Catay ó China, y los cómodos puertos de Adena, llegaron á creer que el paraíso prometido por el Profeta tenia su asiento en aquella parte de cielo trasparente que cobija la Alhambra.

Lo que en ciencias y en artes fuera para los griegos Aténas, lo fué Granada para los mahometanos. Tan solamente es dado á la poesía el describir con exactos colores la Damasco de Occidente, la ciudad de las mil torres, la de los erguidos alminares y la de los soberbios palacios. Los restos que aun quedan de la Real casa de la Alhambra; las ruinas de los alixares de oro y azul de mazonería, á manera de mosáico; las del Generalife, de Darlaroca, de Darluet, Ginalcadí, y otras que fuera prolijo enumerar, muestran en todo su esplendor el

arte entre los árabes. Por desgracia, este género de arquitectura ha sido juzgado con demasiada ligereza por hombres inteligentes, pero que no habian tenido ocasion de examinarle y estudiarle detenidamente. Cada edificio llena sin duda su objeto de la manera mas adecuada; y seria el extremo de la injusticia y hacer agravio sumo á los árabes, á quienes debemos inmensos adelantamientos en las matemáticas, las artes y las ciencias, despreciadas por los pueblos del Norte, suponer que sus construcciones eran toscas y groseras. Ahí tenemos esos aljibes y acueductos, comparables solo con los de los romanos; ahí esos castillos y atalayas como los de Alcalá la Real, modelo inmejorable de construccion, principalmente en la montea de sus bóvedas de cantería; y sobre todo ese palacio encantado de la Alhambra, con sus laberintos de esbeltísimas columnas de mármol que sostienen preciosos templetes de filigrana, con sus arcos y sus bóvedas estalactíticas y pinturas romancescas, y con sus infinitas fuentes que derraman sus abundantes raudales sobre fantásticas esculturas, á través de cuyas linfas, como decian los granadinos, parece que se derrite la dura piedra. Allí los canelones de caprichosas estalactitas recuerdan las que adornan las cavernas de la Arabia; allí tambien encuentran su símbolo el mar de bronce del templo de Salomon, cuya memoria duraba viva entre las gentes del desierto; la severidad melancólica y sublime de los monumentos que se retratan en las olas del fecundo Nilo, al lado de preciosas labores y de los vivísimos colores de la India; y finalmente, allí se espaciaba el alma por las habitaciones, suave y deliciosamente iluminadas por la luz que apenas logra penetrar los calados ataurique, teñidos de azul, de púrpura y de oro, que prestan á los rayos los cambiantes del íris, y bañadas por un ambiente perfumado por los jardines que las circuyen.

Este palacio hizo sonar sin duda en la lira de fray Luis de Leon aquella delicada estrofa:

De labor peregrina
Una casa real ví, cual labrada
Ninguna fué jamás por sábio moro.....
La torre de marfil, el techo de oro.

Obras tan admirables le han conquistado á Jucef-Abul-Hagiag el sobrenombre glorioso de *Augusto de Granada*.

Esta arquitectura, cuyo orígen considero inmemorial, se presentó robusta y completamente desarrollada en la invasion de los árabes en las inmensas regiones que conquistaron; continuó lozana y fecunda en tiempo de los califas y en el de los reyes muzlímicos de España y Sicilia; y aun en sus últimos tiempos no perdió su carácter distintivo; antes bien conservó su genuina naturaleza, desechando toda la parte bastarda que por las circunstancias mencionadas arriba habia manchado, aunque pocas veces, su organismo y ornamentacion.

Concretándonos ahora á nuestra Península, se ve distintamente con el auxilio poderoso de la historia, comprobada por los monumentos, que, á pesar del odio eterno y encarnizada guerra, sostenida por siete siglos entre los que un dia se levantaron en Astúrias bajo el santo lábaro de la Cruz á reconquistar su independencia y libertad, y los hijos del Profeta, posesionados del país en que defendian sus hogares y hasta las tumbas de sus mayores, se infiltraba la civilizacion de estos últimos por todas partes, influyendo poderosamente en las costumbres, usos, trajes, ciencias y artes de la nacion. Hasta el idioma y escritura árabe servian para los contratos públicos, y eran el medio que la erudicion y la cultura empleaban para las recíprocas transacciones de los pueblos cristianos y moros. ¿Qué extraño es

por cierto que, vistas con admiracion y estudiadas con empeño las grandes construcciones de los pueblos conquistados por los cristianos, fuesen las que estos emprendieron entonces la fiel expresion del arte muzlímico? Ciertamente, Señores Académicos, al comparar con detencion el alcázar del rey D. Pedro en Sevilla con la casa Real árabe de Granada, se halla el mas exacto parecido; en términos que, como dice un escritor contemporáneo, es una copia de esta última el palacio del Rey Justiciero. No tan solamente el arreglo total del edificio en su distribucion y construccion corresponde al género árabe, sino que hasta en sus detalles decorativos se notan las aplicaciones de los mismos moldes que sirvieron en la Alhambra para vaciar sus ataúriques y yeserías. Sus afardas y artesonados están hechos por los mismos escantillones y plantillas que sirvieron en las edificaciones de Granada. Su minuciosa reproduccion se extiende hasta el extremo de colocar en el espesor de las jambas de las puertas los arquitos de herradura de los nichos para las chinelas, los que dejaron sin fondo por el no uso de la ceremonia de descalzarse en la corte de Castilla, como lo hacian los moros en muestra de respeto y consideracion. La misma semejanza se nota en las sinagogas, hoy iglesias de Santa María la Blanca y el Tránsito de Toledo, erigidas despues de nuestra conquista de la imperial ciudad. Las inscripciones en caractéres monacales ó hebreos fueron una necesidad de dichos edificios por el destino que se les daba en su creccion, y á pesar de esto, alternaban con otras de letras vulgares ó cúficas árabes. La capilla del Cristo de la Luz, en el mismo Toledo, levantada segun tradicion durante el dominio de los sectarios de Mahoma por los cristianos avecindados en aquella ciudad, presenta la mas inequívoca comprobacion de mi aserto.

Otros muchos ejemplos podria citar en corroboracion de que el arte fué el mismo en todas las provincias españolas, dominadas un dia por la media luna. Pero ¿cómo puede concebir la razon que la simple traslacion de un artista de un pueblo á otro sea causa bastante para que olvide sus conocimientos propios y ejecute obras con variantes tales, que constituyan un género de arquitectura capaz de una clasificacion especial? En el mismo caso nos encontramos respecto á los cristianos que moraban en contacto mas ó menos íntimo con los moros en las poblaciones que estos poseian. El extranjero que vive en ajeno pueblo, no tan solo tiene que respetar las leyes y costumbres que encuentra, sino que se ve en la precision de surtirse de todos los artículos de sus necesidades en donde reside; y por ello, si edifica, acepta el arte dominante, como sucede en todos los países conocidos. Cualquier ejemplo que pueda citarse en contrario, es de época muy moderna, y debido al espíritu de tolerancia, que afortunadamente hoy domina, apoyada por las gestiones generosas de la política y de la civilizacion, que para bien de los súbditos respectivos protegen y fomentan los gobiernos ilustrados. Pero en épocas en que se desconocian estos buenos oficios, y que se creia como tolerancia de los reyes la admision de extranjeros, aunque esto fuese un derecho establecido en las capitulaciones recíprocas de los reinos, ¿cómo se habian de permitir coaliciones artísticas que alterasen visiblemente el ornato público, produciendo notable desagrado en la manera de ver y de juzgar en materias artísticas contra los hábitos ya contraidos? Por otra parte, el deseo natural de evitar gastos innecesarios seria causa suficiente para que los cristianos que residian en los dominios del pueblo árabe se resignasen á valerse de los alarifes ó arquitectos, que, aunque de distintas creencias, estaban acostumbrados á las edifica-

ciones del país, tenian los medios de ejecucion en sus manos, y por ellos habian de resultar las obras mas prontas y económicas, todo en favor del que mandaba construir. Se ha necesitado el trascurso de mil años, y la cooperacion de los mas grandes acontecimientos políticos, para que el arte, en su orígen árabe, de los dominios del Gran Señor sufriese variantes capaces de constituir el género distinto, que se denomina *arquitectura turca*.

Tampoco podia resultar un nuevo arte en manos de los cristianos, porque desde que fueron conquistadores y empezaron á tener fuerza y recursos para asegurar su independencia, no reconocieron mas oficio noble que las armas y la agricultura. El espíritu del Fuero Viejo y de todas nuestras leyes y fazañas de aquellos tiempos así lo manifiesta. Por eso se emplean arquitectos árabes por Garci Mendez de Sotomayor para labrar la torre del Carpio en el siglo XIII (1); para el alcázar de Segovia por la reina doña Catalina, y por D. Juan II para la Cartuja del Paular; es decir, para la fortaleza de la propia defensa, para el alcázar del rey, y para el templo del Dios verdadero, se vale el cristiano de mercenarios enemigos. ¿Y por qué sucedia esto? Porque toda manufactura, todo lo que no era pelear y labrar la tierra, se tenia por nosotros como oficio servil, capaz de enflaquecer el espíritu, é indigno

(1) En la torre del Carpio se lee aun esta inscripcion:

Esta : torre : man
do : facer : gar
ci : y : Mendez : de
Soto : Mayor : se
nnor : de : xodar : é
fizola : maestre
nialio : mat : é : fus : o
brero : Ruí : Gin : é : fi
zoso : en : la : era : de
mil : é : ccc : é : lx : é
tres : annos.

de gente libre é hidalga, que no tenia otra obligacion que la de exterminar al enemigo, desdeñando todo regalo, y solo procurándose el preciso sustento.

Con la caida del imperio árabe en España, y luego con la completa expulsion de los moriscos, se fué quebrantando el bello arte arábigo, hasta perecer del todo. Muerto el entusiasmo de los nuevos vasallos por la opresion que sufrian, la arquitectura iba convirtiéndose en oficio mecánico, y perdiendo su primitivo carácter, doblegándose á la condicion del humilde y pechero, y sirviendo de auxiliar, ya á las edificaciones ojivales del último período, ya á las del Renacimiento, que empieza á alborear durante el gobierno del cardenal Jimenez de Cisneros, haciéndose despues exclusivo en toda la Península en el reinado del emperador Cárlos V.

El fanatismo religioso y político desde fines del siglo XV llevaba á los cristianos á despreciar todo lo de los vencidos: y si en tiempo de Isabel la Católica fué preciso llevar á cabo algunas restauraciones en la casa Real de la Alhambra, no se echa mano sin duda de los ingeniosos y hábiles alarifes, sino de los mas rudos; contrastando esta torpeza con el noble intento de la primera Isabel, que sella las nuevas reparaciones con las armas reales y el lema de *Tanto monta*, para demostrar á las generaciones venideras la admiracion y respeto que le merecia el mérito de aquellas obras.

No quisiera recordar el espíritu de escuela y de destruccion que en todos los siglos despedaza envidioso é impío las mas bellas creaciones artísticas, y que en los dias del emperador D. Cárlos demuele la mitad del palacio de los reyes de Granada, para levantar en su lugar otro greco-romano que eclipsase (como desatalentadamente decian los aduladores del monarca) el alcázar muzlímico, y cuyo palacio nuevo no se concluirá nunca, en castigo de aquella profanacion inaudita.

En el reinado de Felipe II, al volarse el almacen de pólvora del lado opuesto á la Alhambra,

Bajan vigas de inmensa pesadumbre,
Ladrillo y planchas por el aire vago,
Y espesos globos de violenta lumbre;
Y en el alcázar hacen tal estrago,
Que las Reales casas, cual Numancia,
De fuego y humo parecieron lago.
Del rey Chiquito la encantada estancia
De alabastro, azul y oro inestimable,
Cayó, como del dueño la arrogancia.

El rey encargó á Berruguete reparar estos grandes estragos. Aunque se utilizaron los antiguos moldes de madera con que en el siglo XIV se habian ejecutado los preciosos ataurique, la nueva obra dista mucho de la perfeccion y del carácter particular que distinguen la antigua, siendo esta disonancia tristemente sentida por cuantos visitan aquel poético alcázar.

Por último, disintamos en buen hora en las teorías sobre la índole y procedencia del arte árabe; pero convengamos en que su orígen es inmemorial (1); que no ha sido derivacion de ningun otro arte antiguo conocido; que como medio y fin llena cumplidamente el objeto de sus construcciones, y es el resultado fiel de las necesidades de un pueblo originalísimo en sus hábitos y costumbres. Los adornos de esta arquitectura

(1) Al feliz descubrimiento de la fotografía, y á la creciente civilizacion del Egipto, se deberá muy pronto el conocimiento exacto de los monumentos antiguos que existan en la Arabia, y por ello se rasgará el velo que aun cubre el orígen de la arquitectura árabe, si bien estos monumentos serán escasos por no haber sido construidos de pórfido ú otras piedras muy duras como los egipcios y persas, que hoy se encuentran bien conservados, pues no podemos perder de vista la vida nómada del pueblo primitivo árabe, y cuyas construcciones, aunque de épocas posteriores á este estado, deberian resentirse de poca estabilidad por el carácter de estos pueblos y costumbres adquiridas en sus frecuentes emigraciones.

son sencillos y naturales (1); la distribucion de los edificios cómoda y acertada, y económica la manera de fabricar. Al querer penetrar en su orígen, vemos la apoteosis de las tiendas que levantaban los errantes hijos de Agar en las abrasadas llanuras de la Arabia. ¿Qué otra cosa indican los labrados lienzos de sus muros? Son la consagracion de las frescas grutas y cavernas del desierto. ¿No lo están diciendo las estalactitas, conjunto de bovedillas de las techumbres? Son el recuerdo de los oasis de la Arabia. ¿No lo muestran esos templetes sostenidos por delgadísimas columnas, calados caprichosamente por todas partes, como grupos de palmeras que entrelazan sus ramas? Si la arquitectura y la lengua son innatas en el hombre, y cada raza y cada tribu aislada tiene la suya propia y peculiar, no neguemos á los sectarios que desde el siglo VII conquistan con la rapidez del rayo el Asia, el Africa, y amenazan el interior de Europa, el haber tenido una arquitectura original, tan rica en formas bellas como su idioma, donde los elementos de otras no llegan nunca á desvirtuar su carácter ni alterar su fisonomía.

(1) Considerando la arquitectura bajo el punto de vista filosófico (haciendo abstraccion de las creencias de escuela y del hábito adquirido de admirar el arte clásico), en la árabe no se tienen que hacer concesiones de especie alguna, cuando en los géneros griego y romano resalta á primera vista la impropiedad de colocar cornisas y frontones, que son sus aleros y tejados, en el interior de los edificios: además, las estatuas é historias de relieve ó pintadas, con que se embellecen sus construcciones, repugnan á la razon severa del hombre pensador, pues nunca puede ocurrir que los séres con vida puedan servir, ni por un momento, para la decoracion de sus edificaciones, y mucho menos los fantásticos grifos, vichas, esfinges y demás caprichosas combinaciones, hijas de la imaginacion de los arquitectos, que creaban en sus obras, digámoslo así, una nueva naturaleza distinta de la que nos enseñan la zoología y la botánica. Todo lo contrario sucede en el arte arábigo, pues las telas preciosas representadas en sus muros y techumbres, y los lazos, flequería y flores de que se adornan sus arcos y bóvedas, pueden ser la misma realidad: por lo que deduzco que la arquitectura árabe es el resultado lógico del arte.

Señores: llamemos la atencion de la juventud estudiosa hácia esta arquitectura que recibe toda la fuerza y complemento de la virilidad en nuestro suelo; que por nueve siglos es toda nuestra; hace fértiles las vegas de Valencia, Murcia y Granada; mejora los caminos romanos, construyendo grandiosos puentes; cubre de atalayas las crestas de los montes, primeros telégrafos de Europa; levanta magníficos palacios al lado de espantosos precipicios, y presta hábiles artífices á sus irreconciliables enemigos los cristianos para que les fabriquen las mismas fortalezas que los han de combatir; las espadas que contra ellos han de pelear; los alcázares que han de ocupar los reyes de Aragon y Castilla, y aun los propios templos y monasterios donde se alzaran preces al Altísimo para la destruccion total del invasor alarbe. Telas, joyas, porcelanas, objetos de marfil y maderas preciosas, cuanto há menester para su comodidad y regalo el soldado de la cruz, otro tanto lo recibe labrado á maravilla por manos agarenas. Y cuando el partidario del Islam, al cumplirse el postrero dia de los nueve siglos que habitó el suelo español, le abandona para siempre en el año de 1610, desaparece de la Península el último reflejo de aquella arquitectura oriental, uno de los mas bellos florones de la corona que entre nosotros ostenta el vario, fecundo y bienhechor genio de las artes.

CONTESTACION

POR

EL Excmo. Sr. DON JOSÉ CAVEDA,

CONSILIARIO.

Señores:

El discurso que acabais de escuchar, tan nutrido de ideas luminosas y de justas apreciaciones, como interesante por el objeto y la manera de tratarle, si por una parte nos ofrece nuevas pruebas de la inteligencia de su autor, viene por otra á poner de manifiesto una de las conquistas mas preciadas de la filosofía en la época de progreso que alcanzamos. Tal es el eclecticismo de las artes; la emancipacion del talento creador que las cultiva, subordinado hasta ahora al espíritu de escuela y al rigorismo de una autoridad inflexible. Aherrojada la inspiracion, ceñida á un círculo harto mezquino por un clasicismo intolerante y severo que erigió en dogmas hasta las aprensiones de su inexorable rigidez, solo el mundo romano se presentaba como digno de estudio; solo en los monumentos de los Césares, con sus masas imponentes y sus vastas proporciones y su majestad sublime, se pretendia encontrar el modelo perfecto de la grandiosidad y la belleza. Fuera de las proporciones de Vitrubio y Paladio, no habia en el concepto de los preceptistas mas que la licencia, el abuso, el capricho subordinando la razon, la barbarie que llamaba

ciencia su corruptora libertad, y principios ciertos y seguros los delirios de una imaginacion enferma y extraviada.

Aténas y Roma, sus ruinas colosales admiradas de cien generaciones y enriquecidas con los despojos del mundo entero, hé aquí el arte; su enseñanza; su gloria; la vocacion del artista sin libertad para concebir, sin eleccion para imitar. Y á la verdad, no hay de qué admirarse. Los recuerdos del imperio romano, de su poder y de sus triunfos, las grandes empresas de los Césares, los monumentos erigidos como otros tantos emblemas de su omnipotencia, llenaban los ámbitos del mundo; herian de admiracion y sorpresa todas las imaginaciones. Así fué como, en el renacimiento de las letras, los inestimables despojos de tan robusta civilizacion, largos años ignorada, provocaban las imitaciones de Horacio y de Virgilio en la poesía, de Livio y de Tácito en la historia, de Ciceron y de Séneca en la filosofía, de Varron y Columela en la agricultura, de Plinio y Lucrecio en el exámen del mundo físico. ¿Cómo, pues, se desdeñaria la doctrina de Vitrubio cuando la acreditaban las ruinas magníficas del panteon de Agripa y el anfiteatro de Flavio, de la mole de Adriano y las columnas de Trajano y Antonino, de los arcos de triunfo de Constantino y Septimio Severo, llenos de recuerdos sublimes, contemporáneos de los Césares y de los Cónsules, realzados con la gloria de mil victorias? La admiracion erigió en dogmas inviolables y sagrados las reglas deducidas del exámen de tan sorprendentes construcciones. A su lado todo pareció innoble y mezquino: no hubo arte, no hubo verdadera grandeza, no hubo invencion posible fuera de la arquitectura romana.

Por fortuna la arqueología y la historia vinieron al fin á emancipar el arte de tan dura servidumbre. Al desvanecer las tinieblas que cubrian la edad media, aparecen por vez

primera aquellas nacionalidades robustas y fecundas, de donde, como de un manantial rico y purísimo, brotan las actuales llenas de vida, animadas por el espíritu de libertad, y de elementos tan diversos, como son diferentes las regiones de la tierra. Entonces se echa de ver que, deprimidas y despreciadas injustamente, en tanto se abandonaron al olvido sus provechosas enseñanzas, en cuanto la preocupacion ó el orgullo las supuso, sin conocerlas, el producto de la ignorancia y la barbarie. ¡Qué trasformacion, señores! ¡Qué dias de gloria para el amigo de las artes que solo admiraba el Partenon y el Coliseo! Viviera el célebre arquitecto que consentia en despojar la catedral de Toledo de sus preseas góticas para exornarla con las vitrubianas, y haciendo justicia á los progresos del siglo, el primero seria á encarecer las conquistas del arte en la edad media, donde los arquitectos de los siglos XVII y XVIII solo encontraban ignorancia y rudeza.

No: su genio creador y su inspiracion divina, al aplaudir con nosotros las escuelas que produjeron los monumentos bizantinos de Zamora, Ávila, Tarragona, Segovia y Santillana: las catedrales ojivales de Leon, Búrgos y Sevilla; las mezquitas y alcázares de Córdoba y Granada; los risueños atavíos del Renacimiento en Salamanca, Búrgos, Zaragoza, Leon y Barcelona, bendeciria sin duda, con la emocion del artista y las convicciones del sábio, el peregrino ingenio que supo inmortalizarse en obras tan sublimes. Estudiarlas, determinar sus diversos caractéres, sus relaciones con los tiempos y los pueblos que embellecieron, conocer, en fin, sus principios constitutivos y sus elementos componentes, hé aquí la vocacion y el objeto del ilustrado Académico que hoy asociamos á nuestras tareas. Formado en la escuela greco-romana, conocido ya ventajosamente, no solo por los triunfos obtenidos en su carrera, sino por sus trabajos arquitectónicos y los

proyectos de obras grandiosas, precedido en la Academia de una merecida reputacion, acaba de darnos otra prueba mas de que, libre y determinado en sus juicios, admirador de la verdadera belleza allí donde la inspiracion la produjo, no ha sacrificado ni al hábito, ni á las convenciones, ni al imperio de la opinion, la independencia artística y los avisos de la propia conciencia. Sin duda quiso ofrecernos hoy un nuevo testimonio de esta verdad, al proponerse por objeto de sus investigaciones alguno de los diversos estilos que tanto realzan la edad media. Su eleccion no podia ser dudosa: estaba determinada por los tiernos recuerdos de la infancia, por las impresiones recibidas desde la cuna, por el amor á la patria.

Hijo de Granada, habiendo recibido la primera inspiracion del arte bajo los pórticos de la Alhambra, entre los despojos magníficos de una civilizacion á quien tanto debe la nuestra, y halagado por las apacibles arboledas y los risueños surtidores del Generalife, ¿podria olvidar en este dia los suntuosos monumentos de los Califas, sin rendir un justo tributo de admiracion y respeto al genio inspirado que los produjo? Mas que aficion á la verdadera belleza, fué este un deber ordenado por el instinto y las simpatías. Le ha cumplido sin vanas pretensiones, sin el orgullo de quien busca el aplauso en lo peregrino de las doctrinas y los encantos del estilo; pero con la conciencia y los conocimientos del artista, con su noble independencia, y sobre todo con su modestia. Así es cómo analiza y determina el carácter de la arquitectura árabe; cómo fija sus principios; cómo con el escalpelo de la crítica ó las luces de la ciencia, sorprende sus arcanos y descubre aquella armonía de la construccion y del ornato, mal apreciada por unos, tenida en poco por otros, y considerada por todos al empezar el siglo XIX, ora como un juego del acaso, ora como un con-

junto incoherente y monstruoso, en que fué primero consultado el capricho que la ciencia.

No seguiré yo al Académico granadino en sus atinadas apreciaciones de la distribucion y las formas de los edificios árabes. Sin perder de vista el tipo de que nos hace formar cabal idea, procuraré únicamente indicar, siquiera sea de pasada, los rasgos que en él se encuentran del estilo bizantino; cómo al adoptarlos supo conservar un carácter propio, y cómo, en fin, ataviado con nuevos y preciosos arreos, se mostró mas rico y ostentoso, mas bello y risueño, á las orillas del Genil y del Darro, del Guadalquivir y del Tajo.

Cualquiera que sea el orígen y la antigüedad de la arquitectura del Islamismo, piérdase ó no en la noche de los tiempos, haya nacido en las tiendas del desierto ó brotado de las ruinas de los monumentos persas y egipcios al rumor de los combates y los estragos de la conquista, bien puede admitirse como un hecho histórico, comprobado hoy por los edificios escapados á la devastacion de los siglos y de los hombres, que la bizantina ejerció sobre ella una poderosa influencia desde el siglo VII, tanto en el Egipto, la Grecia y la Siria, como despues en las mas bellas regiones de Sicilia y España. Examínense las fábricas mas antiguas del Islamismo; aquellas en que el poder y munificencia de los califas y el fanatismo religioso de las tribus nada escasearon para darles mayor precio y galanura; y allí, al lado de la voluptuosidad oriental, de las influencias del clima y de los rasgos característicos de una civilizacion propia, aparecerán las imitaciones y el espíritu de la escuela griega de Constantinopla, las reminiscencias del bajo imperio, y la pompa alambicada que sustituia la profusion de los arreos minuciosos á la severa compostura y calculada sencillez de las antiguas construcciones de los Césares.

Era preciso que así fuese. A principios del siglo VII dos arquitectos, griego el uno, copto el otro, reedifican en gran parte el templo de la Kaaba. ¿Quién desconocerá en su composicion, por mas que un carácter original le distinga, la influencia del arte romano, ya degenerado bajo los sucesores de Constantino? La revelan desde tan temprano las columnas y el ornato, las bóvedas y la manera de cerrar con ellas los espacios, ya que la índole propia del pueblo constructor imprima al conjunto un carácter que bien puede llamarse original. Preciso es descubrir tambien en la magnífica aljama erigida sobre las ruinas de la iglesia de San Juan, en Damasco, la forma de la basílica romana con sus tres naves y las columnas que las dividen. Á hermosear las mezquitas y harenes, los baños y minaretes, gloria y ornamento de los Abasidas, se destinaron los ricos despojos de la ostentosa capital de los sassanidas, sus preciados mármoles y sus gallardas columnas. Sabido es hoy que Harun-ar-Raschid, el Augusto de los árabes, atrajo á su corte, y fijó en ella con espléndidas recompensas, los sábios y los artistas mas célebres de Grecia; que uno de sus hijos le imitó en la aficion á las letras y las artes; que poco despues las honró igualmente Watek-Villah, y que para erigir las mezquitas de Medina, Jerusalen y Damasco buscó Walid en Constantinopla sus acreditados artistas.

El pueblo pastor y guerrero, que, dueño de un vasto imperio, abandonaba la cimitarra para embellecerlo, cualesquiera que fuesen las tradiciones y los recuerdos que aportase de sus desiertos á las regiones sometidas á la ley del Profeta, necesariamente y sin pretenderlo, habia de admitir en ellas muchos de los elementos arquitectónicos de las sorprendentes construcciones del Bajo Imperio, que hablaban á la imaginacion y la sorprendian con su grandeza.

Vengamos ahora del conjunto á los detalles, y esta verdad aparecerá mas perceptible. De los templos bizantinos generalizados desde el Bósforo hasta las columnas de Hércules, siempre con el mismo carácter en la ornamentacion y las formas, han debido tomar los árabes para sus harenes y mezquitas los patios exornados de columnas y arcadas, las cúpulas con pechinas de gusto griego, las hojas y florones comunes al Bajo Imperio, las galerías corridas de arquillos apuntados, las ojivas mas ó menos pronunciadas, si bien pudieron haber encontrado su tipo entre los persas, y sobre todo en el palacio de Cosroes, á las orillas del Tígris. Y prescindiendo ya de los materiales extraidos de las construcciones bizantinas y romanas, de las columnas mutiladas, de los basamentos y festones que, separados de su primitivo asiento, perdian en los edificios árabes sus naturales relaciones con el conjunto, todavía el menos observador habrá de reconocer en los capiteles de las mas antiguas mezquitas las formas alteradas del corintio, tal cual los griegos de Constantinopla le empleaban. Su figura de canastillo no varió seguramente, si otras fueron sus proporciones. Griegos son tambien los mosáicos esmaltados, sustituidos despues por los azulejos, y nadie negará, al examinar las fábricas del Islamismo levantadas en toda el Asia menor, la Persia y el Egipto, que su gran cúpula, acompañada de otras mas pequeñas agrupadas en torno suyo tendiendo á la figura piramidal, encuentra su perfecto modelo en la suntuosa y magnífica de Santa Sofía. Aquí la semejanza es perfecta; la imitacion indudable; el carácter arquitectónico uno mismo.

Aun pudieran los minaretes considerarse como una sustitucion de las torres y campanarios de las iglesias cristianas del Bajo Imperio, y averiguado está que en los dos de la mezquita de Damasco se empleó la arquitectura griega. ¿Qué

mas? Si buscamos en el estilo bizantino los ajimeces sencillos y dobles, todavía hallarémos este distintivo característico de la arquitectura árabe. Muchos templos cristianos, construidos sucesivamente desde el siglo VII, se adornan con ellos así en el Asia como en Europa.

Tales coincidencias no son, no pueden ser, el producto del acaso; emanan de un modelo admitido; suponen la convencion y la aquiescencia de un pueblo entero. La necesidad ó el gusto dominante le prohijan y reproducen; los siglos oscurecen despues sus orígenes; y cuando se consultan las ruinas mutiladas y dispersas para rastrearlos, con la divergencia de las apreciaciones nacen las dudas y los sistemas, que en vez de aclarar la verdad, la oscurecen, sustituidas las conjeturas á las pruebas. Por fortuna existen aquí los hechos en gran número, y la autoridad viene en apoyo de las indagaciones arqueológicas. Con razon el juicioso escritor árabe Ebn-Kaldun, al discurrir sobre la civilizacion de sus compatricios, emplea estas notables palabras: «*Se observa* (dice) *que los pueblos nómades, entre los cuales empieza á despuntar la civilizacion, se ven obligados á recurrir á otros paises en busca de personas versadas en la arquitectura. Así se verificó en tiempo del califa Abd-el-Malek, cuando dispuso erigir una mezquita en Medina, otra en Jerusalen y otra en Damasco, que lleva todavia su nombre. Viése entonces obligado á pedir al emperador griego hábiles obreros en la construccion, y este soberano se los proporcionó como eran necesarios para realizar su pensamiento.*»

Con estos asertos coinciden los de Pallas, cuando al recordar las ciudades mahometanas ya destruidas en las estepas del mar Caspio, describe las capillas y mausoleos, cuyos arcos y cúpulas eran del estilo bizantino. Hope pretende que las mezquitas de Maidan, Jerusalen, Ispahan y el Cairo tienen semejanza marcada con la iglesia bizantina de San Márcos de

Venecia. Dice Batissier que los árabes, despues de apoderarse del Asia menor, la Siria y el Egipto, consagraron á la religion predicada por su Profeta un número considerable de templos erigidos segun el gusto bizantino, del cual en su concepto grandemente participan las construcciones árabes. Lo mismo aseguran Murphi, Girault de Prangey, Owen Jones y los autores de la *Revista general de arquitectura*, publicada en Paris el año de 1840.

Contra esta opinion, cuyo fundamento principal consiste en los mismos edificios que hoy se conservan, en vano se opondrá la circunstancia de que, siendo el pueblo árabe uno de los mas antiguos, y recordado ya en los libros santos, pudo participar de su estilo arquitectónico el arte bizantino, y que nada mas hizo que devolverle largos años despues las formas y el ornato que de él habia tomado desde bien temprano. Discurrir así, es sustituir los asertos gratuitos á las pruebas; conceder á una mera suposicion el valor de las demostraciones. Sea en buen hora la primitiva mezquita, conocida con el nombre de la Kaaba, la obra venerable del patriarca Abrahan, como en su credulidad y su entusiasmo religioso pretenden los árabes: hayan trasformado sus tiendas de pieles en edificios magníficos aun antes de la destruccion del imperio persa, y primero que Mahoma diese unidad y fuerza á sus tribus errantes. Pero ¿dónde están siquiera los vestigios de esas encomiadas construcciones? ¿Cuál era su carácter, su forma, su decoracion y su destino? Nada se sabe: los desiertos de donde salieron los hijos de Ismael para enseñorearse de las tres cuartas partes del mundo antiguo, enmudecen á las preguntas del arqueólogo. Ni las conjeturas mas ingeniosas pueden hacer verosímiles las hipótesis. Pues bien: en contra de una creacion imaginaria y de los vagos indicios no justificados por los hechos, está la realidad de los monumentos bizanti-

nos: estos se conocen; los árabes primitivos, no. ¡Y se pretende que los construidos despues en el imperio griego sean sus tributarios! Admítase esta manera de discurrir, y no habrá diferencia entre la fábula y la historia.

El pueblo árabe, á semejanza de todos los demás, debió empezar imitando á los que, precediéndole en la carrera de la civilizacion, podian ofrecerle ejemplos y enseñanzas. Errante en los desiertos, pastor y nómade, formado de distintas tribus, ora contrapuestas y enconadas, ora reunidas para disputar á las fieras su guarida ó á las comarcas vecinas el pasto de sus ganados, viene la voz del Profeta á inspirarle su ardiente fanatismo, á someterle á una misma ley. El Koran y la cimitarra, el proselitismo y la conquista; tal fué su vocacion y su destino, su cultura y sus artes al empezar el siglo VII.

Cuando desde el Indo hasta las columnas de Hércules cede la tierra espantada y cubierta de ruinas á su furor guerrero y religioso, sin enemigos que combatir, y sucediendo á la agitacion de las invasiones el reposo y la molicie de los pueblos del Asia, empieza para los árabes una nueva existencia. Ante los colosales monumentos de Tébas y del Cairo, de los canales del Nilo, de las ruinas grandiosas de la Grecia, del lujo y la pompa de Constantinopla, realzada con los sublimes despojos de la antigüedad pagana, sienten que existe otra gloria que la de las armas, otra dicha que la de vencer y destruir, y tocan la necesidad de reparar los estragos que señalaron sus victorias. Una civilizacion desconocida en el Yémen les brinda con las dulzuras de la paz, con los goces de la razon cultivada. Por fortuna, la naturaleza los ha dotado de imaginacion y sensibilidad. Vencedores y esclavos á la vez de los pueblos que someten á su imperio, empiezan entonces por ser imitadores, y acaban por dar á sus construcciones la peregrina originalidad que las distingue.

En buen hora que los restos del antiguo, y las arcadas y las columnas y las bóvedas bizantinas aparezcan en el harem y la mezquita, en los palacios y los baños de los califas, con los rasgos característicos de su orígen; sean tambien de procedencia cristiana las galerías y los pórticos y las naves de sus monumentos religiosos; haya dado á las preseas y ornatos de raza latina el orientalismo que respiran, aquella lenta y trabajosa transicion preparada por el tiempo y admitida gradualmente por las ideas y las costumbres. Pero ¿no podrá la arquitectura del Islamismo reclamar como patrimonio suyo la mágia de las bóvedas estalactíticas con sus menudas celdillas á manera de las que forman las abejas en sus panales; las arcadas de herradura cubiertas de sutiles filigranas; la delgadez y gallardía de sus esbeltas columnas, erguidas graciosamente como la palmera del desierto; la nueva forma de los ajimeces, por cuyos calados se desliza suavemente la luz, modificando y haciendo mas gratos sus reflejos? ¿Y no le pertenecerán tambien el lujo y la pompa seductora de sus ornatos recamados de oro y colores vivísimos; la manera singular de distribuir las partes de un todo; aquella graciosa alternativa de surtidores y estanques, de árboles y flores, de galerías y estancias, rebosando magnificencia y deleite al destacar sus formas ligeras sobre masas de perenne verdor?

En vano se pretenderá despojar á la arquitectura árabe de esta originalidad fantástica; emana de la naturaleza misma, y se la aseguran en las regiones del Asia y de Europa un sol brillante y puro; una vegetacion robusta y variada, que cubre la tierra de flores y de frutos, y embalsama el ambiente de suaves perfumes; la benignidad del clima, que viste los cielos de una trasparencia mágica; la constitucion geológica, que procura al Indo y al Eufrates anchuroso curso al través de cien naciones, y levanta el Atlas y el Cáucaso como dos gi-

gantes de la creacion, hasta esconder sus crestas altísimas entre brumas y tempestades.

Pero fuera menos poderosa esta concurrencia de causas físicas para fecundar la imaginacion del árabe, y hacerle amar con delirio la pompa que respiran sus monumentos, y todavía la producirian en ellos los principios religiosos y las promesas seductoras de Mahoma. Hábil político ó ciego fanático, predice á los sectarios de su doctrina que les aguarda en el Paraíso una tierra siempre tapizada de alazor y de musgo, regada por fuentes de agua viva, cubierta de bosquecillos mecidos por las brisas, y fecundados por las corrientes de rios cristalinos; que allí alcanzan el reposo los verdaderos creyentes sobre lechos de púrpura en brazos de sus huríes queridas; que les ofrecen los árboles frutas deliciosas y una sombra perenne, brotando de sus raices arroyos de miel y de leche; que las piedras preciosas bordan sus tiendas, y el oro sus vestiduras; que brillan, finalmente, los palacios con el oro y la plata de sus lucientes muros. ¿Cómo, pues, voluptuosos los árabes por las influencias del clima, por la índole de sus creencias religiosas, por las costumbres y la esperanza de una felicidad fundada en los goces mundanales, no procurarian imprimir á sus monumentos esa magnificencia que, marcada con un sello sagrado, será la recompensa destinada á los escogidos en el Paraíso? Reproducir sus encantos en la tierra, perpetuar en el mármol su memoria, hé aquí, si no el orígen, la explicacion á lo menos de la riqueza y suntuosidad de la arquitectura árabe. No busquemos en ella el pensamiento moral que, emanado de la naturaleza misma del hombre y de su destino sobre la tierra, imprime á los monumentos religiosos del Cristianismo la severa majestad que respiran. Es bulliciosa, fascinadora, risueña, como son ardientes las pasiones que la produjeron; como es sensual la inspiracion del falso Profeta.

En su profuso y delicado atavío, rico de letras floreadas, de ingeniosas lacerías y axaracas, de florones y grecas, de figuras geométricas con arte sumo entrelazadas, hay ingenio, refinamiento, fecunda inventiva; no elevacion y grandiosidad. Mas graciosa que bella; mas delicada y sutil que noble y reposada; concebida primero para sorprender los sentidos, que para hablar á la fria razon, respira el sensualismo oriental, no el misticismo bíblico y el vigor y la energía de las razas del Norte: encanta y fascina; no persuade y satisface al espíritu. Al contemplar sus monumentos, se recuerda, sin pretenderlo, la coquetería de la jóven apasionada y hermosa que cautiva con su dulce sonrisa y sus miradas de fuego y sus juegos infantiles, y á quien se rinde la voluntad avasallada, antes que la razon acuda á disipar sus fascinaciones.

Fuéranos dado seguir ahora la arquitectura árabe en su desarrollo sucesivo, errante de region en region con sus propagadores armados, y observariamos entonces cómo dejaba en todas ellas notables testimonios de sus progresos, alcanzando mas experiencia, mas resolucion y brio, hasta conseguir la originalidad que tanto la diferencia de cuantas en la edad media se emplearon. Pero si no se prestan á este propósito ni la ocasion ni los propios esfuerzos, séame dado á lo menos contemplarla un momento en las deliciosas mansiones de la Bética, entre las flores de azahar y las copas de las palmeras y las sosegadas corrientes del Guadalquivir y del Genil, que engalana con sus mezquitas y alcázares. Allí se muestra al principio con las imitaciones y la indecision de sus años infantiles; poco despues con un carácter propio, si no muy determinado; por último, mas que nunca resuelta y ostentosa á maravilla, risueña y delicada.

Caracterizan el primero de estos períodos las partes mas antiguas de la mezquita, hoy catedral de Córdoba, poblada

de columnas y de naves, magnífica y grave por sus vastas dimensiones, y el aire misterioso de sus dilatados espacios, divididos por los arcos de segmentos de círculo, que superpuestos los unos á los otros, imprimen al conjunto un no sé qué de peregrino y extraño que grandemente impone y satisface. Aquí el espíritu de imitacion, conducido por los recuerdos mas que por la propia experiencia, emplea los materiales de las fábricas romanas que el constructor admira; reproduce en las fajas y frisos los adornos de gusto bizantino; muestra cierto apego al capitel compuesto, ya degenerado; le reproduce toscamente, y luchando con los arranques de su propia inspiracion, la contiene medroso para dar á las masas una desabrida robustez. En la obra primitiva de este monumento, aumentado y enriquecido despues por Aken y sus sucesores, el arte copia mas que inventa, y utiliza las columnas de otros edificios del tiempo de los Césares. Al ensayar así una arquitectura antes desconocida, se hacia tributario del pueblo conquistado, mezclando con sus propias invenciones las de los arquitectos romanos y bizantinos.

Hay en esta amalgama singular del gusto oriental y el de Occidente cierta severidad y economía de ornato, que no se advierte ya en las construcciones emprendidas desde el siglo XII. Ó sometida la inspiracion á las dificultades de los primeros ensayos, ó modificada por el carácter de los príncipes Ommiadas, naturalmente circunspecto y grave, si reina en esta fábrica el genio del Oriente, no aparece arrebatado por el fogoso entusiasmo que dió mas tarde tanta novedad y gallardía á sus inspiraciones. En la mezquita de Córdoba aspira primero á la majestad sencilla y reposada, que á la pompa ligera y bulliciosa. Adviértese en el todo esplendidez y magnificencia; pero una y otra calculadas por las dimensiones y la grandeza de los espacios, mas bien que por

la profusion y riqueza de un ornato minucioso y afeminado.

Y preciso es convenir en que el efecto justifica cumplidamente los cálculos y las miras del arquitecto. Al recorrer aquella selva de columnas romanas y árabes, y aquellos arcos lanzados unos sobre otros al espacio, cual si una mano invisible los empujase convirtiéndolos en ligeros vapores, no se siente sin embargo el sobrecogimiento y misterioso temor que asalta el ánimo en el santuario cristiano, y hace olvidar la tierra y abrirse el cielo al arrepentimiento y las lágrimas. Que ni se respiran en el templo muzlímico las auras del Gólgota, ni reina en sus dilatados ámbitos aquella santa tristeza présaga de un mundo mejor, y la primera predisposicion del alma para aspirar á su conquista. En los monumentos religiosos del Cristianismo, y particularmente en los ojivales de la edad media, todo es grave, solemne, misterioso. El arte que los produce, recibe del cielo la inspiracion, y de él espera la idea de la eternidad y del infinito que pretende imprimir á las masas, á las formas, á los espacios. Sublime, creador, entusiasta, pide arcanos al símbolo, esperanzas á la fe, predicciones al Profeta, angustias al corazon atribulado; y á su voz imperiosa las bóvedas y las altas ojivas y los dilatados ámbitos del Santuario se animan y sienten y respiran, circuidos de una majestad indefinible.

¿Qué mortal no ha presentido sus altos destinos, y desconoció su flaqueza, y fué juguete de su propio orgullo al contemplar aquellas naves perdidas en el espacio, débilmente alumbradas por la luz misteriosa de las vidrieras góticas, donde encuentra la fe representados sus dogmas, sus triunfos y sus héroes? Allí las plegarias de la resignacion y del infortunio suben al cielo entre nubes de incienso, y las armonías sagradas, solemnemente reproducidas por los ecos del Santuario, hieren el oido como un suspiro del alma, como

un grito de la eternidad que la llama á su verdadera patria. La imaginacion entonces va mas allá del tiempo y del espacio, y desapareciendo para ella el universo entero, se acoge al seno de Dios, absorta en su contemplacion, en su poder sin límites y en su clemencia infinita.

No así el templo muzlímico: otras ideas, otras inspiraciones le producen. El artista de Bagdad y Damasco, de Córdoba y Granada, sin levantar sus ojos de la tierra, busca en ella la belleza material, la considera como el supremo bien, y delira, no razona, al tributarle un culto apasionado. Para él ni hay expiaciones y holocaustos, ni dolores del alma, ni merecimientos emanados del sufrimiento moral. Con la embriaguez de quien cifra la felicidad en los goces materiales, sustituye el tiempo al infinito, la forma al espíritu, la tierra á la mansion del justo. Su talento creador halaga al hombre físico, no al hombre moral; diviniza sus miserias y sus debilidades, y las cubre de flores, prestándoles encantos que esconden su deformidad, y la disfrazan con gratas y locas ilusiones. ¿Por qué extrañarlo? El Dios de Abdo-r-rahman I no es el libertador del mundo, el que le regeneró con las agonías del Calvario, triunfando de la muerte misma. Terrestre, al contrario, y apasionado, poco distante del hombre, cuyas pasiones diviniza, sustituye al pensamiento moral el delirio de los sentidos, y la felicidad que promete á sus adoradores consiste en los deleites mundanales. ¿Quién no descubre la influencia de esta divinidad fantástica, y la manera de agradarla, en el arte que produjo la mezquita de Córdoba? Su gravedad y su grandeza imponen como las de los potentados de la tierra, no como una emanacion del cielo. Respira en sus dilatados ámbitos una dulce melancolía que adormece suavemente el espíritu; pero no presdispone á las altas contemplaciones. Prodúcenla únicamente los recuerdos de un objeto querido, ó el cansancio

de las ardientes pasiones, ó el hastío que hace penosa hasta la felicidad misma, ó la esperanza de alcanzarla en los placeres mundanales, inútil la expiacion, y por demás el merecimiento.

¡Pero cómo el artista supo comprender y utilizar en su obra estas emanaciones de sus mismas creencias! ¡Con qué discernimiento sumo acertó á predisponer el ánimo á las emociones tiernas y delicadas, á los delirios del corazon, á sus ilusiones y sus penas! Cuando la vista asombrada se pierde vagamente al través de las misteriosas naves de la mezquita de Córdoba, parece que resuenan todavía bajo sus bóvedas heridas por los últimos rayos del sol que se esconde, las sentidas querellas del augusto fundador de tan sublime fábrica, á quien los recuerdos de su patria querida inspiraban en las angustias de la proscripcion y del destierro estos versos tiernísimos:

Tú tambien, insigne palma,
Eres aquí forastera;
De Algarbe las dulces amas
Tu pompa halagan y besan.
. . . . . .
Tú no sientes contratiempos,
Como yo, de suerte adversa;
A mí de pena y dolor
Continuas lluvias me anegan.
. . . . . .
A tí de mi patria amada
Ningun recuerdo te queda;
Pero yo, triste, no puedo
Dejar de llorar por ella.

Fijemos ahora la atencion en el segundo período de la arquitectura árabe, lleno de las construcciones emprendidas desde los tiempos felices de Abdo-r-rahman III, hasta los primeros emires de la dinastía de los Nazaritas. En ellas advertimos que ya entonces recibieran las formas otro carácter;

mas refinado el lujo de la ornamentacion; mas oriental el aspecto del conjunto; mas profusamente empleadas las inscripciones cúficas. Desde la niñez, Señores, afectaron nuestra imaginacion las risueñas descripciones de los pensiles y palacios encantados de Medina-al-Zahara, de que nos da cabal idea el discurso á que contesto. Sus brillantes ornatos y peregrinas invenciones, admiracion de los sectarios del Islam, igualan, si no superan, en lujo y magnificencia á cuanto se encarece en el palacio del sultan Khoumaruiah, orgullo y hermosura de Mesr, y su ornamento y su gloria. Allí y aquí hay mármoles de inestimable precio, capiteles de oro, fuentes risueñas, surtidores de azogue, jardines deleitosos, apacibles sombras; cuanto puede idear, en fin, de mas suntuoso y extraordinario la fecunda fantasía de los orientales. Al considerar esta creacion mágica, bien pudiera temerse que, encarecida mas allá de toda verosimilitud por el entusiasmo exaltado de sus poseedores, vinieron la credulidad y la exageracion á convertirla en una fábula. Pero yo advertiré con Batissier, que los mismos á quienes debemos descripciones tan exactas de la mezquita de Córdoba, adquirieron un derecho á ser creidos cuando nos hablan de los prodigios de Medina-al-Zahara. A lo menos razon hay para persuadirnos de que su admiracion era legítima, y que distaba poco de la verdad el encarecimiento.

Si de tanta grandeza quedó solo el recuerdo, existe afortunadamente el arte que la produjo. Varios son los monumentos donde ostenta hoy su carácter propio y sus principios constitutivos en la distribucion, en las formas, en el ornato. Sin aparecer tan rico y magnífico como se supone en las construcciones de Medina-al-Zahara, muéstrase amigo de la ornamentacion detenida y minuciosa, libre de las trabas que antes le encadenaban, diestro en la ejecucion, atinado en

los detalles. Agrádanle desde tan temprano los arcos de herradura como un ornato y un emblema sagrado, y con justas aspiraciones á la originalidad, la busca, no ya en el labrado de los estucos y el capricho y variedad de los artesonados, sino en el arreglo y buena proporcion de las formas, en la armonía general de las partes componentes, en el uso de las estalactitas para guarnecer los cortes de las arcadas, y construir con su ingeniosa trabazon aquellas bóvedas que tanto se extienden y perfeccionan poco despues. Nos ofrecen una prueba de este progreso, entre otras fábricas notables, la capilla de Villaviciosa, en la catedral de Córdoba, la Giralda de Sevilla, Santa María la Blanca, de Toledo, y la puerta del Sol de la misma ciudad.

Merced al ilustrado celo que consagra la dinastía de los Almohades á las letras y las ciencias, antes civilizadora que guerrera, al empezar el siglo XIII toca la arquitectura árabe, como nunca rica y ostentosa, el tercero y mas brillante de sus períodos. La Alhambra de Granada le caracteriza; la Alhambra de Granada, llena de poesía, aérea, fascinadora, risueña como los cármenes del Genil, delicada y vistosa como sus flores. En esta construccion mágica, donde el desembarazo y la soltura igualan á la novedad y lozanía, el arte, fiel trasunto de una civilizacion robusta y poderosa, que hoy mismo nos admira, permanece siempre oriental, y siempre la emanacion del Islamismo. Peregrino y singular en sus inspiraciones ya desde los dias de Almamun, no es ahora el esclavo encogido y temeroso que respeta supersticiosamente sus humildes orígenes; que no pierde de vista las antiguas tiendas del desierto; que se aparta con pena é incertidumbre de sus primitivos modelos. Aleccionado por los ensayos, y encontrando en las ideas y el desarrollo de las ciencias cultivadas con afan un poderoso auxiliar, rompe al fin con lo pasado,

se lanza atrevido al porvenir, aspira á la originalidad, y la conquista, y aparece ataviado y gentil, arrogante é innovador como nunca lo fuera, circuido de las grandes ruinas de la Persia y de Grecia, ó entre las delicias, la ostentacion y la opulencia de Bagdad y Damasco. Y es que el brazo poderoso de Almanzor, guiado por la fortuna y la victoria, al favorecer las letras y las ciencias, crea al mismo tiempo un poder robusto y vigoroso, reconciliadas las tribus asiáticas y africanas, y reunidos bajo una misma autoridad los emiratos independientes y rivales que dividian en reducidas mesnadas el suelo de la Península sujeto al Islamismo. Y es que, menos embravecida la guerra, menos áspera y dura la condicion de los conquistadores, y ya extinguidas las discordias civiles, fecundan la imaginacion del artista los campos risueños de la Bética, y su dulce y suave temperatura, y su cielo sereno y puro. Y es que el pueblo árabe hizo suyas la cultura y la ciencia de la antigüedad, allegando á los descubrimientos de cien naciones los que le procuran la propia experiencia y sus grandes empresas.

Lanzados al fin los árabes de Córdoba y Sevilla, en la precision de reunir sus esfuerzos y de formar con los despojos de los emiratos invadidos un solo Estado capaz de contener el rápido progreso de las armas cristianas, concentran en Granada sus artes y su industria, su poder y sus luces. Lo que pierde entonces la dominacion muzlímica en superficie, lo gana en actividad y energía. Con menores atenciones, es mas enérgica su accion, mayor el comercio de las ideas, y como nunca emprendedor y resuelto el interés individual, animado en sus empresas por el ejemplo y los auxilios del Gobierno. Los conocimientos adquiridos en diversos puntos de la Península, que el aislamiento esterilizaba en gran parte, se hacen entonces comunes, constituyen el patrimonio de todos:

acrece el infortunio la energía del alma; cunde la emulacion, y el patriotismo redobla los esfuerzos individuales para suplir con el desarrollo de la inteligencia y el trabajo el territorio perdido, y las ventajas confiadas antes casi exclusivamente á la suerte de las armas.

Por fortuna llevaban los árabes consigo una civilizacion muy adelantada. Los primeros propagadores en Europa de la astronomía y la alquimia, la brújula y el péndulo, el papel y los números, la pólvora y la artillería, autores tal vez de algunos de estos inventos; émulos de la Persia en la tapicería, de la India en las telas de algodon, de Damasco en los alfanjes, de Bizancio en la argentería; que hicieron suyas las obras de Euclides y Ptolomeo, de Hipócrates y Galeno, de Platon y Aristóteles; que erigieron á las ciencias y las artes numerosas escuelas y academias, y para quienes los adelantos humanos eran una conquista mas preciada que la de las dilatadas regiones sometidas á su dominio, no podian, con tan poderosos estímulos y este sorprendente desarrollo de la inteligencia, ser por mas tiempo rutineros imitadores de los monumentos que admiraban, sin renunciar á su genio inventor y su natural apego á todo lo grande y suntuoso.

Deploremos, Señores, que la mano del tiempo nos haya arrebatado la mayor parte de las construcciones de esta época dichosa para el arte. Entre aquellas de que nos queda solo una grata memoria, citarémos el templo máximo fundado en Granada por Mohammad III; la casa marmórea debida á Mohammad-ben-Said; la mezquita llamada Sohheya, erigida en Córdoba por la madre del Califa Hescham; las dos construidas en Toledo por el arquitecto Fath-ben-Ibrahim-el-Omeyah; la aljama de Sevilla, debida á la piedad del Emir Yussuf; el magnífico alcázar con que Said exornara á Má-

laga. De otros muchos edificios célebres nos restan únicamente venerables y grandiosos despojos. Aun son para nosotros un objeto de estudio los de la Aljafería de Zaragoza, del hospital de Azake, del colegio máximo de Yussuf, en Granada, del castillo de Gibralfaro, de la Alcazaba, y del palacio del rey D. Pedro en Sevilla.

Pero existe la Alhambra, que, fecunda en bellezas y engrandecida con los recuerdos mas sublimes de los califas, llega hasta nosotros, si no del todo á salvo de los rigores del tiempo y la ignorancia presuntuosa de los hombres, á lo menos con los principales restos de su primitivo esplendor; con la pompa y orgullo de sus años juveniles; con el espíritu y las inspiraciones de sus ilustrados fundadores. El genio oriental y sus halagos é ilusiones respiran todavía en el salon de Embajadores, el patio de la Alberca, el de los Leones, la sala de las dos Hermanas y la de las Infantas. Jamás el Asia, desvanecida con su poder y en el apogeo de su grandeza y de su orgullo, produjo tanta variedad y capricho en el ornato, tanta delicadeza y donosura en las formas.

Préstanse ahora á esta gallarda pompa, no solo los progresos del arte en todo su esplendor y desarrollo, sino tambien las exigencias de la sociedad que le demanda, animada por la galantería y las fiestas palacianas y las zambras y ejercicios caballerescos. Todo respira ostentacion y grandeza. La argentería de Bizancio realza los festines; dan á las tiendas del campamento nuevo precio las telas de la India; sobre la ruda malla de acero brilla la púrpura de Tiro, recamada de oro; una atmósfera embriagadora, formada con las esencias del Oriente, aumenta la voluptuosidad de los baños circuidos de columnas de mármol y estancias misteriosas; el valor es caballeresco y generoso hasta en el arrojo y el ciego encono de la pelea. Delicado é indomable á la vez, adorna su triunfo, no

con las imprecaciones del odio y la humillacion del vencido, sino con la cortesanía de quien lucha por la gloria. Entre tanto la esclava del serrallo, mas que á desvanecerse con los perfumes de la Arabia, muellemente recostada sobre las alfombras y cojines de Persia; mas que á vegetar en la molicie, fatigada con las bajas oficiosidades y la rastrera adulacion y los humillantes servicios del eunuco degenerado, aspira á reinar en el corazon de un héroe, á inspirarle con un amor delicado y tierno altas ideas de su propia dignidad y grandeza. Al mismo tiempo la hospitalidad es franca y generosa como la de los antiguos patriarcas; el cumplimiento de la palabra empeñada, un deber sagrado; la filantropía, una inspiracion del cielo. ¡Y cómo la suntuosidad y el lujo ponen de relieve estas virtudes, allegando al beneficio la magnificencia y á la admiracion el reconocimiento! Nada olvida entonces el arte para realzar el precio de esta civilizacion que tan singularmente constrasta con la severidad y rudeza de las fortalezas góticas.

Pero todavía viene á realzarla con sus inspiraciones la poesía albergada en los régios alcázares, ornamento y grata ocupacion de sus cultivadores, y objeto para todos de solaz y esparcimiento. Llena de expresion y lozanía, oriental por sus giros, por sus imágenes, por su brillante atavío, consagra sus nuevas y delicadas trovas á los dogmas y preceptos del Profeta; á los halagos y las penas del corazon apasionado; á las glorias de la patria, y al heroismo que la engrandece con sus memorables empresas. Prestanle sabroso objeto las doctrinas y revelaciones de Mahoma, Omar y Abubeker; la infausta suerte de los príncipes Ommiadas; la ereccion del califato de Occidente y su independencia de los descendientes de Alí y de Fatimad; el heroismo y las virtudes de Abdo-r-rahman I; las victorias de El-Mansur; la sabiduría de El-Hakem; la administracion creadora de Abd el-Aziz; la piedad y beneficen-

cia de Akbah; el ánimo levantado y la liberalidad de Hescham; Córdoba, competidora de Bagdad; Granada, bella y risueña como sus pensiles, magnífica y grandiosa como los templos y alcázares que la decoran entre las linfas del Genil y del Darro. ¿Y qué, si el amor inspira la musa del Islamismo? Entonces, con dulces acentos y rebosando una grata melancolía, canta la pasion desventurada de Muza; la hermosura y los hechizos de Zahara; las lágrimas que derrama la encantadora Cinda sobre el tálamo nupcial de un monarca de Castilla; el poder irresistible de la esclava, á quien en su delirio prodiga el oro y las perlas el apasionado y generoso Abdo-r-rahaman II; el espíritu cultivado y la inspiracion divina de Munza, á cuyo irresistible atractivo ceden rendidos el califa y el héroe; finalmente, las penas y los suspiros del harem, y sus misterios é ilusiones. Desde el Tajo hasta el Guadalquivir, el guerrero es el bardo; un pueblo entusiasta, su admirador; la ternura de las hijas del Yémen, su recompensa.

Estos rasgos característicos de la civilizacion árabe le daban, con una fisonomía propia, no solo aquel encanto que ni los odios ni las prevenciones de raza bastaban á desvanecer, sino la extraña originalidad que hoy mismo nos admira, y que á tanta distancia la colocaron entonces de las producidas por la desmembracion del imperio de Occidente y los elementos de cada país, nunca destruidos por la servidumbre, el aglomeramiento y la fuerza.

Sensibilidad y bravura; amores y combates; galanterías y proezas; una fe hirviente y expansiva; un entusiasmo ciego; frivolidad en los placeres, y sin embargo, elevacion en el pensamiento; grandeza en las empresas, y magnificencia en la manera de realizarlas; molicie en los harenes, y ardimiento en los campos de batalla: hé aquí la España árabe de los Abd-el-Rahmanes y de los Almanzores.

Pues bien: si ahora volvemos los ojos á la arquitectura del Islamismo en los siglos XIII y XIV, ¿quién no echará de ver la influencia de estos elementos sociales sobre su carácter y sus formas y sus ornatos? En ella se retrata el refinamiento de los placeres voluptuosos; el brillo de los festines; el aparato deslumbrador de las zambras; la pompa oriental de la poesía; la delicada gentileza del adalid que depone su severidad, para rendir párias á la hermosura y alentarla con la sonrisa apasionada de quien ni sabe ni puede resistir á sus encantos; la minuciosa profusion de las sutiles filigranas de la argentería; las randas trasparentes y ligeras, que velando hipócritamente el pudor de la esclava en los harenes, le prestan mas seductores atractivos. Con este rico y variado atavío, los edificios se agrandan, y sus elementos constitutivos se combinan de una manera peregrina. Adquieren los perfiles mayor pureza y donosura; perdido ya de vista el tipo romano, aparecen las columnas con un carácter propio, gallardas y gentiles, anillados los fustes, caprichosos los capiteles, sencillas las bases, adornados los plintos de variadas molduras.

Alternan por otra parte los alfarjes y las bóvedas; se hacen mas comunes las estalactíticas, y se emplean con mayor arrojo y una originalidad antes desconocida. La superficie de los muros aparece dividida en recuadros por fajas de almocárabe; vistosos alicatados exornan la parte inferior; cubren el resto menudas labores de estuco, grecas y axaracas de sutil é ingeniosa contextura; mil caprichosas combinaciones de las rectas y las curvas, y leyendas del Koran entrelazadas las letras con las flores, realzan grandemente esta decoracion fantástica. Y entre tanto, á los arcos lobulados y los estalactíticos, ora compuestos de grandes segmentos de círculo, ora ojivales mas ó menos apuntados, pero cerrando algun tanto en sus extremos, se allegan los de herradura, unos y otros

cobijados generalmente de archivoltas bordadas de sutiles filigranas.

Esta misma variedad se advierte en las bóvedas: con las hemisféricas alternan las que ostentan la forma de una piña, y las que, cubriendo un espacio cuadrado, obtienen de las pechinas estalactíticas, colocadas en los ángulos para recibirlas, el aire singular y extraño y la agradable visualidad que tanto las recomienda. Sevilla, Málaga, Córdoba, Zaragoza y otros pueblos, así del dominio de los árabes como de los cristianos, reproducen estas maravillas de Granada, si no con la misma ostentacion, á lo menos conforme al gusto y los principios que en ellas predominan.

No llevaré mas léjos estas indicaciones sobre el carácter y las circunstancias especiales de la arquitectura árabe. Ornamento de nuestro suelo: útil igualmente su estudio al arqueólogo y al artista; fiel expresion del espíritu y las ideas de un pueblo civilizador que tanto contribuyó á restaurar las ciencias y las letras en Europa, llega hasta nosotros con el prestigio y galanura de sus mejores tiempos, acompañada de grandiosos recuerdos, y á cubierto ya de las prevenciones que en mal hora la condenaron largos años al olvido, ignorado su mérito artístico, y en poco tenida como elemento de la historia. Al elegirla el nuevo Académico por tema de su discurso y recordarnos su originalidad y su belleza, ha pagado un justo tributo de amor y respeto á su país natal, y de sincera gratitud á la Academia, que, recibiéndole en su seno, sanciona su vocacion, y aplaude y recompensa sus estudios, ilustrada apreciadora del verdadero mérito.